

La mayoría de estas bombas estaban provistas de una mecha demasiado larga, por lo que no estallaban de momento, lo que animó a Eugenio Cabañero a recogerlas conforme caían y devolverlas a la calle para que estallasen en ella. Cada vez que devolvía una de las bombas, la despedía con alegres y estentóreos gritos: —¡Viva España!

Los revolucionarios, cuando estalló en la calle la primera de las bombas devueltas, no acertaron a comprender que era una de las que ellos habían lanzado. Creyeron que los Cabañero disponían de esta clase de artefactos y que dentro de la casa había muchos hombres bien armados.

“Lo que llegó fue una granizada de balas que atravesando las ventanas, fueron a estrellarse en las paredes interiores”.

Y una consigna cobarde corrió por las filas:

—¡Cuidado, camaradas! ¡Los fascistas tienen bombas de mano! ¡Que nadie se exponga inútilmente!...

No hacía falta la recomendación, porque cada uno procuraba esquivar el bulto y ponerse a cubierto. Les habían prometido refuerzos de Ciudad Real y los esperaban para que ellos diesen el asalto. Mientras tanto, se tirotearía la casa y se la bombardearía desde sitios seguros.

La situación de los atacados se iba agravando por momentos. Pensando en las mujeres, don Gregorio corrió al teléfono y consiguió establecer comunicación con la Comisaría de Vigilancia.

—Vamos a ser asesinados —avisó—. Desde hace más de una hora se ataca nuestra casa con dinamita. Se dice que van a incendiarla. Necesitamos auxilios urgentes...

El policía, trémulo de miedo, trató de justificar su inhibición:

—¿Y qué quiere usted que yo haga? Estoy aquí solo y amenazado también. La Guardia civil tiene órdenes de no salir del Cuartel. Lo mejor que pueden hacer es entregarse.

Los hijos rechazaron indignados la sugerencia cuando la oyeron. Rendirse a aquellos desalmados sería tanto como resignarse a una matanza sin defensa. No lo harían mientras quedase en sus venas una gota de sangre. Ahora, que los padres, la esposa y la hermana se deberían retirar. Por la parte trasera había corrales y cobertizos que permitían un fácil tránsito a otras casas. Don Gregorio se negó a abandonar a los tres muchachos, cuya suerte quería compartir. Tras de muchos ruegos se logró convencer a doña María, que aceptó la huida para que se salvase su hijita Gracia. En cambio, a doña Gloria no hubo poder humano que la separase de su esposo.

—Piensa en el estado en que te encuentras —le decía éste.

—Pienso antes que nada en ti.

Doña María y Gracia, ayudadas por los muchachos, saltaron al tejadillo de un cobertizo que había en un patio intermedio. A riesgo de un resbalón mortal, pasando sobre las tejas movedizas, ganaron un hueco y entraron por una ventana en un pajar. Allí se tendieron, abrazadas una a otra, rezando y gimiendo. Sólo unos cuantos metros las separaba del lugar de la lucha, cuyo clamor llegaba a ellas, pero se hallaban a cubierto de las balas.

Ya aliviados por la relativa seguridad de estos seres queridos, don Gregorio y sus hijos continuaron valerosamente la defensa. Eugenio seguía recogiendo las bombas y devolviéndolas antes de que estallasen. Era un juego arriesgado y emocionante que le entretenía como una diversión de niño. Pero no tardó en pagarla a un precio terrible. Los dinamiteros habían comprendido que las mechas que ponían eran demasiado largas y las habían acortado. Y una de las bombas que Eugenio recogió hizo explosión entre sus manos. El niño heroico cayó al suelo aturdido, bañado en sangre, con un dolor espantoso en uno de los brazos, medio deshecho. Se levantó titubeando y quiso consolar a su padre y a sus hermanos, más afligidos e impresionados que él:

—Me duele un poco; pero no tiene impor-

tancia.

Tenía la mano casi desprendida. Se le vendó, amarrándole fuertemente un pañuelo a la muñeca para contener la hemorragia.

Ya iba acabándose la noche. Las primeras claridades del domingo 19 se insinuaban en el cielo de julio. Y aquel drama sin precedentes, aquella lenta agonía de una familia, acosada, abandonada de amigos y parientes, sin socorro humano posible, se prolongaba de un modo inconcebible. Ya había caído, arrancada por una de las explosiones, la puerta principal. Ya estaba la brecha abierta para el asalto, pero éste no se daba. Se esperaba que llegasen los guardias civiles de Ciudad Real para que entrasen los primeros, y entretanto seguían arrojando bombas sobre el tejado, que estaba casi destruido. El estrago alcanzaba también al piso superior, cuyos escombros caían como otros nuevos proyectiles sobre la planta baja, en cuyas habitaciones se mantenían don Gregorio y sus tres hijos, dispuestos a sepultarse entre las ruinas.

Hacia las siete de la mañana, un reflujó de los sitiadores y los repetidos toques del claxon de un pesado vehículo indicaron que algo nuevo ocurría en la calle. Era, en efecto, que llegaba la Guardia civil de Ciudad Real. Venía un autobús ocupado por guardias que llevaban montada una ametralladora. Al frente suyo iba un comandante, que se llamaba don Pedro Barcina del Moral, y los tenientes don Antonio Criado y don José Ortiz.

Cuando los Cabañero se dieron cuenta de esta novedad se creyeron salvados. La Guardia civil no podía colaborar con sus verdugos. Siempre habían esperado que, al sonar la hora dramática en que vivían pelease a su lado por la causa de España. Mucho había tardado en decidirse y en llegar. Pero ya estaba allí. Gracias a Dios, todavía era tiempo. Como un saludo a los guardias, y para indicarles su identificación con los ideales de su glorioso Instituto, los Cabañero gritaron:

—¡Viva España! ¡Muera el marxismo!  
¡Viva el Ejército español!

Desde la calle les contestó un rumor siniestro:

—¡Viva la República proletaria! ¡Muera el fascismo!...

Los guardias permanecían mudos sin con-

“Don Gregorio corrió al teléfono y consiguió establecer comunicación con la Comisaría de vigilancia.

—Vamos a ser asesinados —avisó—. Desde más de una hora se ataca nuestra casa con dinamita. Se dice que van a incendiarla. Necesitamos auxilios urgentes”.